

De Popayán, don Agustín Coruña,  
No sé con qué color, mas no les falta  
A los que tienen intención dañada;  
El cual en Popayán es hoy prelado,  
Doctísimo varón, fraile agustino,  
Ejemplo de esencial recogimiento.  
Removido pues el Sancho García,  
Vino con el gobierno de Castilla  
Un Juan de Tuesta Salazar, que todos  
Hoy conocemos con aqueste cargo,  
Y conocimos antes de tenello  
Por hombre bien compuesto y avisado.  
Estos gobernadores solamente  
Tuvo desde el primero fundamento  
Hasta el año que corre de presente  
Doce menos del número de ciento  
Con los mil y quinientos de creciente,  
Contados desde el santo Nacimiento  
Del Hijo que parió Madre doncella:  
Inmensas gracias doy á él y á ella.

Ve con Dios, historia mia,  
Salida de mis entrañas;  
No temas mordaces mañas  
Ni al que tiene, como Lia,  
Ojos llenos de lagañas:  
Este tal nunca te vea;  
Mas suplico que te lea  
Quien es de verdad amigo,  
Pues tú no llevas contigo  
Cosa que verdad no sea.

### HISTORIA

*de la gobernacion de Antioquia y de la del Chocó, adyacentes á la de Popayán, nuevamente desmembradas de ella por provisiones de la real Majestad del rey don Felipe, segundo deste nombre, nuestro señor.*

De lo de Popayán dimos razones  
Desde su primitivo fundamento;  
Mas como ya cristianas poblaciones  
Por sus confines van en crecimiento,  
Restan agora dos gobernaciones  
Subyectas á moderno regimiento,  
Inclusas entre los tres grandes rios  
De quien atrás tractaron versos míos.

Y así para que quede definido  
Lo deste territorio, con historia  
Que haga su discurso conocido,  
No las quiero dejar sin esta gloria,  
Pues en aquellas han acontecido  
Proezas altas dignas de memoria,  
Ansí de parte de la gente nuestra  
Como de la de allí, no menos diestra.

Aquestos rios pues de quien di llena  
Relacion en las partes que convino,  
Son Darien, Cauca y de la Magdalena,  
Que corren gran distancia de camino  
Hasta que juntos llegan al arena  
Y riberas del término marino;  
Y entre los tres hay rios y quebradas  
Tantas, que no podrán ser numeradas.

Donde, según la vista verifica,  
Se contiene riquísimo tesoro,  
Por ser en general la tierra rica,  
Y rios y quebradas manan oro;  
Y así dice quien esto certifica,  
Que mora de presente donde moro,  
Haber en todas partes y lugares  
Infinidad de minas singulares.

Juan de Alvarado Salazar se llama,  
Viejo conquistador de aquellos senos,  
Cuyo valor en ellos se derrama  
Y en otras partes por sus hechos buenos,  
De los cuales nos da muchos la fama,  
Pero los que publica son los menos;  
En esta descripción, la suya sigo,  
Por ser antiguo y ocular testigo.

Dice que entre los rios ya nombrados  
Hay también otros dos harto famosos,  
Nichi y Porce, que pueden ser contados  
Entre los que llamamos caudalosos;  
Y por los unos y los otros lados  
Hay indios por extremo belicosos,  
En sus costumbres poco diferentes,  
Y las provincias son estas siguientes:

La principal en estas es Catia;  
A la segunda llaman Ibijico,  
Comun contrato desta serranía,  
Y así su morador sagaz y rico;  
Y así se sigue, cuya valentía  
Escede todas estas que publico:  
Mas adelante desta van las casas  
De Penço, tierra de zafanas rasas.

Por las cuales también la de Norisco,  
Sin ocupar lugar montaña alguna,  
Y las que caen en él, que es montisco,  
Son Ituango, Pubio, Ceracuna,  
Pebere Nitana, Tuin, Cuisco;  
Tierras de menos próspera fortuna,  
Araque, Carautá, con Guazuceco,  
Y otra primera quellas, dicha Tecó.

Todas estas de montañas terreno,  
Y por do la montaña se divierte,  
Usan todos de flechas con veneno,  
Certísimo ministro de la muerte.  
Es grande la distancia deste seno,  
Pues corre la montaña de tal suerte,  
Que sin hallar de tierra rasa corte  
Pasan al mar del Sur y al mar del Norte.

Y cuanto mas se llegan mas lluviosas,  
Pantanos, y las gentes no son tantas;  
Mas esas pocas, bestias belicosas,  
Desnudas de los piés á las gargantas;  
Solo cubren las partes vergonzosas  
Con cortezas ó hojas de las plantas,  
Gentil dispusición, traza garrida  
Ellos y ellas, mas de poca vida.

Entiendo las montañas adyacentes  
Al Darien ó tierras de Balfano,  
Que son de las de arriba descendientes,  
Donde no hallareis asiento sano,  
Antes en general todos dolientes,  
Eso me da en invierno que en verano,  
Porque los altos es tierra sania  
Desde donde comienza la Catia.

Que es á lo de Antioquia mas cercana;  
Y todas las provincias comunmente  
Son caribes que comen carne humana,  
Sin reservar á deudo ni pariente;  
Y aquesta de Catia, mas serrana,  
Es en comun (demás de ser valiente)  
Nacion ingeniosa, bien vestida,  
Y que vive con peso y con medida.

Y aun entre sus avisos principales  
Historian las cosas sucedidas,  
Mediante hieroglíficas señales  
En mantas, y otras cosas esculpidas;  
En oro y mantas crecen sus caudales  
Con gran primor labradas y tejidas;  
Raices es el pan cotidiano,  
Porque la tierra lleva poco grano.

Pero como son ricos contractantes,  
Y es de oro tan grande la ganancia,  
De tierras mas viciosas y abundantes  
Se lo suelen traer en abundancia.  
Son bárbaros de miembros elegantes  
Y de bravo denuedo y arrogancia,  
Honestísimas todas las mujeres,  
Gallardas y de bellos pareceres.

Alindados los rostros en faciones;  
Mas ellos algo bazos y morenos,  
De gran verdad en sus contractaciones  
Sin de su crédito venir á menos;  
Usan lanzas, y dardos, y bastones,  
Y flechas, pero limpias de venenos,  
Traen cabellos largos en su tierra,  
Pero quitanselos habiendo guerra.

Ellas lo traen mucho mas crecido,  
Segun en otras muchas partes vemos;  
Es su comun manera de vestido  
Largo, tanto que cubre los extremos;  
Joyeles cuelgan de uno y otro oido  
Y de narices, en valor supremos;  
Usan de sus maneras de alcoholes,  
Aman y quieren á los españoles.

Los adúlteros son aborrecidos,  
Y cerca desto viven con gran cuenta  
En no violar los maritales nidos;  
Mas como deste mal algo se sienta,  
Suelen tomar venganza los maridos  
De los que les hicieron el afrenta;  
Cualquier otro pecado les es blando,  
Pero sin culpa siempre del nefando.

Aman á sus mujeres tiernamente,  
En tal manera que les son subyectos,  
Algunos hay que tienen mas de veinte  
O las que puede para sus afectos;  
No reconocen rey ni presidente  
Que les imponga leyes y preceptos,  
Mas cada cual lo es de su cabaña,  
Y el que mas rico es, mayor compañía.

Pero todas las veces que se piensa  
Sobrevenir beligeros aprietos,  
Están unidos para su defensa,  
Y entonces tienen príncipes eletos,  
Los cuales tienen potestad estensa,  
En ejercicio della circunspetos,  
De cosas á la guerra concernientes;  
Y á estos son subyectos y obedientes.

Tienen esclavos para sus servicios,  
De gente que en la guerra se captiva,  
Los cuales hacen rústicos oficios  
Si no los come condicion esquivada,  
Por usar todos destos maleficios;  
Pero muerto su amo, como viva,  
Es el esclavo del caudal entero  
Y de mujer y de hijos heredero.

Si yenden un esclavo por chagalas,  
De cuyo valor tienen certidumbre,  
En una venta hacen tres iguales:  
Una las manos por la servidumbre,  
Otra la carne, que estas gentes malas  
Tienen en esto pésima costumbre,  
Otra por la cabeza, que ya muerta  
Por honra grande ponen á la puerta.

Y aunque nunca jamás gente catia  
En torpes borracheras se agasaja,  
Con gran jactancia de su valentía  
Dice quel español es una paja:  
No les escede, pero todavia  
Reconocen tenelles gran ventaja  
En los fogosos tiros que disparan  
Y en letras que sus ánimos declaran.

No se les han hallado santuarios,  
Aunque los tienen otros desta tierra;  
Y cuando combatidos de contrarios  
Se ven los comarcanos de su tierra,  
A ellos les dan sueldos y salarios  
Para que les ayuden en la guerra,  
La cual hacen leal y fielmente,  
Sin declinar á tracto diferente.

Muchos dellos adoran la milicia  
De las estrellas que su vista marca;  
Del general diluvio dan noticia  
Y gentes que escaparon en el arca;  
Reconocen haber Dios de justicia,  
Del cielo y de la tierra gran monarca;  
Y aunque al demonio tractan con regalo  
Temblando dél, concóncenlo por malo.

Y así le llaman ellos al diablo  
Cunicubá, que malo representa  
En la lengua catia tal vocablo  
Y otros ningunos hay de mas afrenta;  
No le hacen pintura ni retablo,  
Aunque los amenaza y amedrienta:  
Díceles qué crió todas las cosas,  
Con otras invenciones fabulosas.

En su vulgar, á Dios llaman Abira,  
Que representa sumamente bueno;  
Al español por nombre dan Aira,  
Que quiere decir, hijo de su seno;  
Dellos el hechicero se retira,  
Y si repara por aquel terreno,  
Como sepan sus tractos, de tal suerte  
Lo castigan, que muere mala muerte.

Para los casamientos hay terceros,  
Y siendo moza, virgen y hermosa,  
Promete buena copia de dineros  
Aquel que la pretende por esposa;  
Cuando se juntan, miran en agüeros,  
Y á la doncella él tocar no osa  
Si la que ya desea verse dueña  
No lo convida con alguna seña.

Quando se mueren estos naturales,  
Unos dicen que hembras y varones  
Se transforman en bravos animales,  
Como serpientes, tigres y leones  
Otros entiérranse con sus caudales,  
Criadas y criados y otros dones,  
Con fusia de tener en otra vida  
Armas, oro, sirvientes y comida.

Estas son las costumbres de catios,  
Segun se sabe ya de cierta ciencia;  
Mas entre Nichi y Cauca, los dos rios,  
Hay otra gente que se diferencia  
En el lenguaje y en los atavios,  
Y terreno mejor en influencia  
Por ser de sementeras abundante  
Y el morador soberbio y arrogante.

Es por naturaleza gente cruda,  
Guerrera sobre todas las que cuento,  
Gentil dispusición, pero desnuda  
Como gozan de buen temperamento:  
La cual no muestra ser torpe ni ruda  
En admitir cristiano documento,  
Pues toman bien lo que se les predica,  
Y es sobre todas la nacion mas rica.

Porque quebradas, rios, vertederos,  
Y cualquiera lugar que se catea,  
Manifiestan auríferos veneros  
Con quel avaro pecho se recrea,  
Y la solicitud de los mineros  
Saca bien proveida la batea:  
Llámanse nutabees estas gentes,  
Herbolarios demás de ser valientes.

Contráctanse con gente tahamia,  
Que para guerra no fué gente manca:  
Tienen gran hermandad y compañía  
Y es la contractacion entrellos franca:  
Sirven los tahamies hoy en dia  
A Bartolomé Sanchez Torreblanca,  
Y son los mas propincuos al partido  
Del Nuevo Reino donde yo resido.

Mas entrellos y él hay naturales  
Diversos y de vida mas sincera,  
Desnudos, descuidados de caudales,  
Y lijerísimos en gran manera,  
Pues alcanzan silvestres animales  
Sin alargarse mucho la carrera,  
Baquiras mayormente, que son reses  
Lijeras, y en faicion puercos monteses.

Y Antonio de Mancipe, que presente  
Da relacion de muchas cosas destas,  
Me dice tener bárbara sirviente  
Que por zafanas rasas ó florestas  
Corria como perra diligente,  
Hasta tomar alguno, y á sus cuevas  
Lo traia según fácil oveja  
Asido de la pierna y el oreja.

Son hombres bien dispuestos y docibles  
Para servir en lo que son instrutos;  
Gozan de montes claros y apacibles  
Que los regalan con diversos frutos;  
Son las mujeres dellos convenientes  
Mas que para servir hombres tan brutos,  
Porque sacadas de sus naturales  
Salen limpias y grandes serviciales.

Por estos indios y otros mas cercanos  
Al Nuevo Reino y á sus señoríos,  
Tuvieron gran noticia los cristianos  
De la riqueza dentre los dos rios,  
Y cómo poseian ricos granos  
En cualquiera provincia sus gentíos;  
Y así los incitaba la cudicia  
A querer ver por ojos la noticia.

Y los de Popayán, según que veo  
Por otra relacion que me fué dada,  
Estaban ansimismo con deseo  
De poner en efecto la jornada,  
Porque para hacer aquél empleo  
No dió lugar la tempestad pasada  
De guerras que tenían entre manos  
Con bárbaros al pueblo comarcanos.

De manera que en una coyuntura  
Dos partes pretendian la ganancia:  
Estas declararé con ligadura,  
Mas sin obligacion de consonancia,  
Por ser mas descansada compostura  
Y haber hecho de ritmas abundancia,  
Y porque viéndome cansado viejo,  
Amigos me lo dieron por consejo.

¡Oh Musa, la mas alta de la cumbre  
Del Apolo á quien es todo posible,  
Que sin perder virginea costumbre  
Al invisible Dios distes visible!  
Provéame por vos de clara lumbre,  
Aquella lumbre que es inaccesible,  
Para que con favor suyo proceda  
En la jornada larga que me queda.

### CANTO PRIMERO.

Donde se da razon de los primeros capitanes que entraron en las provincias de entre los rios Cauca y el de la Magdalena, así de la gobernacion de Popayán como deste Nuevo Reino.

La cordillera de las altas sierras  
Que salen de la parte del estrecho  
A quien dió Magallanes nombramiento,  
Que es en cincuenta y dos grados y medio,  
Do constituyen la templada zona  
Del antártico polo los que miden  
Latitud y longura de lugares,  
Al norueste viene declinando,  
Con grandes brazos della dependientes  
A diferentes vias estendidos  
Incluyendo las sierras de los Andes,  
Pues al sur le demoran las grandezas  
De Chile, Pirú, Quito; y á la parte  
Del norte lo del rio de la Plata,  
Brasil y Marañon, y las provincias  
A las árticas ondas adyacentes;  
Y en la continuacion de su corriente  
Se viene por la tórrida metiendo  
Y la equinoccial atravesando;  
Pero ya cerca della se divide  
En tres brazos la dicha cordillera,  
Que contienen amplisimos terrenos:  
El uno destes ramos va corriendo  
Entre la mar del sur y rio Cauca,  
El cual continuando su derrota  
Pasa por Panamá, y enfermó suelo  
Del que Nombre de Dios heredó nombre,  
Y va hasta llegar á Nueva-España.  
El otro ramo dentre los dos rios  
Que es el de Cauca y de la Magdalena,  
Do se contienen las provincias dichas  
De los catios y otras gentes bravas  
Prestas á la defensa de sus tierras,  
Es de menor discurso su corrida,  
Pues el remate dél es á las juntas  
Donde las dos corrientes hacen una,  
Que será veinte leguas la distancia  
Desde su conyuncion á la marina,  
El sitio destas juntas á diez grados  
De latitud, según que se tantea  
Por hombres que regulan el altura.

Deste quiero tractar; pero primero  
Que lleguen los mortíferos espantos,  
Los rigurosos trances y contienda  
En su demarcacion acontecidos,  
Del tercero diré cómo se tiende  
Entre el gran rio de la Magdalena,  
Y los inmensos llanos de quien hice  
Mencion en otras partes do convino;  
El cual ramo se va continuando  
Por la costa del mar de Santa Marta,  
Del Cabo de la Vela y Venezuela,  
Y por el alaguna que se llama  
En aquella provincia Maracaibo.

Pero donde contiene mas anchura,  
Con multitud de gentes naturales,  
Valles amenos, fértiles culturas,  
Herbosos campos, fuentes cristalinas,  
De varias mieses grandes sementeras,  
Dehesas proveidas de ganados  
Con pastos que no pierden sus verdores,  
Claros corrientes, lagos espaciosos,  
Diversas cazas, pescas apacibles,  
De plata y oro prósperos veneros,  
Piedras preciosas, ricas esmeraldas,  
Templanza salutar, pues nunca  
Frio fatiga ni calor da pena,  
Con otras muchas cosas necesarias  
A la conservacion de los mortales:  
Es en la parte donde situado  
Vemos el nuevo reino de Granada,  
En hemisferio ártico que cae  
Debajo de la mas ardiente zona,  
En el primero clima, y es distancia  
Que corre desde tres á siete grados.  
En estas levantadas serranías  
Hay valles y llanuras apacibles  
Por do se tienden bárbaras moradas  
Y tienen sus ciudades españoles:  
Es la de Santafé cabeza dellas  
En cuatro grados y minutos veinte  
Debajo del primero paralelo;  
Aqui la majestad del rey hispano  
Puso su sello con real audiencia,  
Que decide las causas, sentenciando  
Segun disposicion de los derechos,  
Y dan conductas á los capitanes  
Para conquistas de diversas tierras.

Corriendo pues del parto de la Virgen  
Años cincuenta sobre tres quinientos,  
Un diestro capitán, Francisco Nuñez  
Pedroso, de quien ya tractamos antes,  
Fué por estos odores proveido  
A la jornada dentre los dos rios,  
A cuyos senos voy encaminando.  
Este salió con gente valerosa,  
Soldados escogidos y curçados  
En las penalidades de conquistas,  
Do la seguridad mas evidente  
Amenaza con muerte trabajosa:  
Ochenta fueron estos compañeros,  
De caballos y armas pertrechados,  
Y en número pasaban de quinientos  
Los indios que llevaban de servicio.  
Entró con este buen aviamiento  
Adonde lo llevaban sus intentos,  
Siendo con estos mismos ya salido  
De la ciudad de Arma, subyacente  
A la de Popayán, con mas posible  
El capitán Fernando de Cepeda  
A fin de subyectar aquellos indios  
A la ciudad de Santafé nombrada  
Que de la de Antioquia tiene nombre,  
De quien hemos tractado largamente  
En el discurso de Pedro de Heredia.  
Estos dos capitanes que decimos,  
Aunque entraron por vias diferentes  
(Sin saber uno de otro), se juntaron  
Y tuvieron pesadas diferencias,  
En las cuales Pedroso, descompuesto  
Al reino se volvió do residia,  
Quedándose Cepeda mas pujante,  
El cual con aquel bárbaro gentío

Tuvo batallas y recuentros varios  
Que contrastaban siempre sus intentos;  
Y así potencia bárbara le hizo  
Dejar de proseguir esta demanda,  
Con pérdida de muchos españoles.

Entró después Bernardo de Loyola,  
Vecino principal de los Remedios,  
Que con el de Victoria confina,  
Ambos pueblos de aqueste nuevo reino:  
Fué sin autoridad y sin licencia  
De los señores del real senado,  
So color de buscar prósperas minas.

Sabida su demanda por don Diego,  
De los Caravajales descendiente,  
Vecino de la villa de Victoria,  
O por enemistad que le tenia  
O por cudicia grande de la empresa,  
Denunció dél ante los senadores,  
Los cuales, las razones comprobadas,  
Le dieron comision para prendello  
Y con los que tenia y él llevaba  
Poblase do mejor le pareciese.

Efectuó con esto su viaje,  
Y aquella provision notificada,  
Loyola se salió dentre los rios,  
Quedándose don Diego con la gente,  
Al cual dieron los indios tanta priesa,  
Que con algunos españoles menos  
Tuvo por bien dejar la tierra libre.

Pero después, el año de sesenta,  
Quiso tentar segunda vez la suerte,  
No sin aquel ardor que caballeros  
Suelen tener en puntos honorosos;  
Mas con solos cuarenta compañeros,  
Algunos de los cuales conocimos,  
Y todos dignos desta confianza,  
Pues destes era Leonel de Ovalle,  
Gallego, natural de Salvatierra,  
Sancho Velez, Sarmiento y Andrés Pinto,  
Francisco de Aguilar y Alonso de Arce,  
Francisco de Silvera, lusitano,  
Y otros de cuyos nombres falta copia:  
Pero tenemos la de sus hazañas  
En trances rigurosos y arriscados.

Llegaron con aquella vigilancia  
Que suelen los que tienen esperiencia  
De la ferocidad destas naciones,  
Y en parte rasa, con la diligencia  
Que piden los peligros evidentes,  
Hicieron fuerte, donde de la furia  
Bárbarica pudiesen ampararse,  
Las armas en las manos todas horas,  
Y prestos los fumosos arcabuces,  
La cual solicitud no fué baldia,  
Antes de su salud segura prenda,  
Porque sabido por los naturales  
El concepto de nuestros españoles,  
Nunca jamás se les pasaba día  
Sin dalles mil desgustos con asaltos  
Los indios que tenían mas cercanos.

Mas viendo que fogosos instrumentos  
A muchos traspasaban las entrañas,  
Acudió multitud innumerable,  
De jáculos mortales proveidos,  
Con macanas y lanzas penetrantes,  
De ricas diademas coronados,  
Con otras varias joyas que declaran  
La gran prosperidad de sus terrenos:  
Tal es el resplandor que reverbera,  
Que del refracto de solares rayos  
Potencia visüal es ofendida.  
Las voces impelidas de los pechos  
Y estrépito de rústicas bocinas  
Rompeu los vagos aires, y la tierra  
Parece fatigarse con temblores,  
Como cuando de trueno fulminoso  
Es en alguna parte lastimada.  
Aquesta furiosa muchedumbre  
Rodeó los valientes españoles,  
Los cuales, por don Diego bien instructos  
Y de sus instrumentos ayudados,  
A los tartáreos fuegos encaminan

No poca cantidad de los contrarios;  
Mas era la ruina poca parte  
Para poner á sus furiosos freno,  
Porque cierto gandul embravecido,  
De miembros y estatura de gigante,  
Con voces espantables los anima  
Facilitándoles esta victoria.

Este se puso junto del cercado,  
En la mas alta parte, donde estaba  
Un árbol que tenían ya cortado:  
Chaguala fina pende de su pecho,  
De orejas y narices otras joyas,  
Penachos variados ondeando,  
Bravo meneo y áspera postura:  
El terrible baston que meneaba  
Al de Goliat era semejante;  
A voces allí puesto desafia

Con grandes vituperios á los nuestros,  
De los cuales (que estaban mas á mano)  
Salieron cuatro, Pinto, lusitano,  
Francisco de Aguilar y Sancho Velez,  
Y Alonso de Arce, todos con escudos  
Y espadas cortadoras en las manos.  
Llegaron al lugar, y el árbol era  
Para fajar con él impedimento;

Mas todavia con aquel coraje  
Que crían vengadoras voluntades,  
Rodean al gandul, que se movia  
Con suma lijereza, meneando  
El áspero baston á todas partes,  
Y al Sancho Velez que halló mas cerca,  
Cubierta la cabeza con celada  
Y la rodela puesta por delante,  
Tan gran golpe le dió con la macana  
Que la tierra midió quasi que muerto;  
Al Arce revolvió luego con otro,  
Al cual hizo pedazos el escudo,  
Y lo tendió también en aquel suelo.

Francisco de Aguilar, que bien pensaba  
Quedar victorioso del gigante,  
El ponderoso palo lo compele  
A juntar las rodillas con la tierra.  
Entonces Andrés Pinto, como suelto,  
Abalanzóse por el diestro lado  
Antes que revolviere con el leño,  
Y con la punta del cruel acero  
Rompió por el ijá bravas entrañas  
Del bárbaro feroz, en tal manera  
Que el ánima salió por la herida  
Y el cuerpo monstruoso cayó luego,  
Con una voz y grito tan horrendo,  
Que los que se hallaron á la mira  
De sus furiosos fueron alfojando.  
Por otra parte Leonel de Ovalle  
Con otro principal acaso vino  
A singular certamen, donde presto  
El bárbaro perdió la lozania;  
Y los demás habiendo consumido  
Las flechas y los dardos que traian,  
A sus pajizas casas se volvieron,  
No presurosos, mas á paso lento,  
Diciendo: « Descansad, gente barbuda,  
Porque para dar fin á la contienda  
Aqui seremos de hoy en cuatro dias. »

Los nuestros, reparados los heridos,  
Entraron todos ellos en consulta,  
En la cual de comun consentimiento,  
Visto que les faltaban municiones  
Y no ser parte para sustentarse,  
Apriesa negociaron la partida.

Entró poco después un Juan Valero,  
Ejemplo de virtud y de modestia  
(Hablo como testigo de su vida  
Por amistad de tiempos atrasados).  
Y aunque llevó mas número de gente,  
Vista la gran dureza del salvaje  
En dar la paz que siempre les pedia,  
También se vino sin hacer efecto,  
Y no tan de reposo que no fuese  
Con renombre de fuga la salida.

Aqueste capitán es el postrero  
Que deste Nuevo Reino fué con gente;

Y así para decir quién permanece  
En las conquistas deste barbarismo,  
Habré de convertir mi flaca pluma  
A la ciudad ó villa de Antioquia,  
Tomando de muy lejos la carrera  
Para que sea mas inteligible  
Esto que de presente pretendemos  
Poner en escritura verdadera;  
Cuyos sucesos varios remitimos  
A los versos del canto venidero.

## CANTO SEGUNDO.

Donde se da relacion del primero fundador de la ciudad de Antioquia, y cómo después fué mudada de aquel asiento primero á mejor sitio, donde permanece con nombre de villa de Santafé de Antioquia.

En el proceso largo desta historia,  
Algunas veces hemos referido  
Cómo George Robledo fué el primero  
Cimentador del pueblo de Antioquia,  
Y su primera fundacion adonde  
Fué don Pedro de Heredia descompuesto  
Por Juan Cabrera y otros capitanes  
Del buen don Sebastián de Benalcázar:  
La cual participaba de las tierras  
Que tienen entre sí las ricas aguas  
Del rio Darien y rio Cauca.

Pero después de aquellas competencias,  
Por no ser sitio bien acomodado,  
Así para salud como defensa  
Del nuevo morador, por la braveza  
Del natural vecino repugnante,  
Por orden del ilustre Benalcázar  
Aquesta poblacion fué trasladada  
A la Buriticá, do mas propicio  
Y mas alegre cielo se mostraba,  
Terreno sano, nobles influencias,  
Aires de salúfera templanza,  
Campos mas espaciosos y estendidos.  
Do pueden en beligeros rebatos  
Mandarse los caballos á contento,  
Y hacer mas estrago con la lanza  
En los que contrastaban sus diseños,  
Y donde los auríferos veneros  
Escuden á los ricos celtiberios  
Y sobrepujan á los de Dalmacia,  
Con que los moradores enriquecen,  
Y mucho mas jueces, comisarios  
Frecuentes, por livianas ocasiones  
(Absortos en aquesta golosina)  
A ser universales herederos  
De lo que valerosos han ganado  
A costa de la sangre de sus venas.

Para trasladar pues aqueste pueblo  
Al asiento que queda declarado,  
El Benalcázar hizo confianza  
Del diestro capitán Gaspar de Rodas,  
De quien hice memoria muchas veces  
En los lugares donde convenia  
De sus trabajos varios dar noticia.

Es pues aqueste noble caballero  
Del pueblo belicoso de Trujillo,  
Morada principal de Estremadura,  
De bien nacidos padres heredero;  
Pues fué su padre Florencio de Rodas,  
Alcaide de la fuerza dicha Lole,  
En la provincia fértil del Algarve;  
Su madre doña Guiomar Coello,  
Que en Lusitania, donde fué nacida,  
La ciudad de Lamego fué su cuna.

A las Indias pasó joven florido,  
Y en duros ejercicios de la guerra  
Desde su juventud se dió tal maña,  
Que todos igualaban su prudencia  
A su bien aprobada valentia

Entró primero con alguna gente,  
A sus espensas propias granjeada,  
Al socorro de don Juan de Andagoya,  
Hijo de don Pascual, de quien mi pluma  
En lo de Popayán hizo memoria;

El cual entonces iba descubriendo  
Tierras que con el mar del Sur confinan,  
Pero salióse Rodas con su gente,  
Vista la perdicion desta jornada,  
El año de cuarenta y uno, cuando  
Vino Vaca de Castro con poderes  
Del gran monarca contra los rebeldes  
En reinos de Pirú sin obediencia.  
Con él se vino Rodas hasta Cali,  
Adonde Benalcázar gobernaba,  
Con quien Vaca de Castro tractó cosas  
Tocantes al viaje que hacia.

Quedó Rodas debajo del gobierno  
Del dicho Benalcázar, donde siempre  
En cargos honorosos le dió mano;  
Y por el crédito que del tenia,  
Para mudar el pueblo de Antioquia  
Le dió poder é hizo su teniente  
Al principio del año de cincuenta,  
Que vino por juez de residencia  
El licenciado Francisco Briceno,  
A quien la dió también Gaspar de Rodas  
Como teniente del adelantado.

Dió sus descargos, y esperó sentencia,  
En que se pronunció que merecia  
Cargos de muy mayores eminencias;  
Mas aquel pueblo nuevo que tenia  
Ciudad de Santa Cruz por apellido,  
Mandó que fuese villa, y adelante  
Santafé de Antioquia se llamase:  
La cual con este nombre permanece,  
Y en ella desde el tiempo que decimos  
Gaspar de Rodas hizo su vivienda,  
No sin deseo de fundar mas pueblos  
En las provincias dentre los dos rios,  
A lo cual aspiraban otros muchos  
Varones de caudal y principales,  
Que de la gran riqueza de aquel suelo  
Tenian ya noticia y esperiencia.

Destos fué Lucas de Avila, vecino  
De Encerma, que tenia gran posible,  
Y pretendió pedir aquellas tierras  
Por gobierno de Popayán distinto;  
El cual comunicó sus intenciones  
Con Andrés de Valdivia, su carillo,  
Sagaz, astuto y hombre diligente  
Para negociaciones semejantes,  
El cual facilitó sus pretensiones  
Y prometió traelle los despachos  
Dentro de breve tiempo de Castilla.

Acudió Lucas de Avila con oro  
Con larga mano para su viaje;  
Pero después en el real consejo  
Negoció para sí, que no debiera,  
El gobierno quel otro pretendia,  
A costa del que hizo confianza  
De sus palabras y amistad antigua.

En este tiempo bárbaros vecinos  
A los subyectos indios de Antioquia  
Persuadian infinitas veces

Negasen á los nuestros obediencia  
Y de su libertad fuesen señores,  
Pues nunca fueron sus antepasados  
Subyectos á serviles condiciones,  
Porque para quedar libres y exentos  
Ellos tenian ya las armas prestas,  
Y no les faltarian sus favores  
Hasta desarraigar cristiana planta,  
De quien se recelaban también ellos  
Por vellos tan pegados y propincuos.

Los indios de Antioquia bien quisieran  
Quitar de sobre sí tan duro yugo;  
Pero los moradores de la villa  
Tenian el aviso necesario  
Y el asiento del pueblo tan á gusto,  
Que los subyectos fueran poca parte  
Para los lastimar sin daño suyo;  
Y así, no respondieron con efecto  
A las persuasiones que decimos,  
Los pechos inquietos, mas las manos  
Quietas con temores del castigo.

Y así Toné, cacique comarcano.

Bravo de condicion y sedicioso,  
Por la seguridad de su partido,  
De los pacíficos mas principales  
Hizo congregacion en las montañas,  
Y en banquete costoso que les hizo,  
Después de satisfechos y contentos  
Y en furia levantados con el vino,  
Pidióles atencion, las manos altas;  
Y estando reportados y quietos,  
Les dijo las palabras que se siguen:  
«Oid con atencion, fuertes varones,  
Deciros he razones que os espanten  
Y el ánimo levanten mas caido,  
Pues quiero, no movido por antojos,  
Poner ante los ojos desventura  
Que pide ser la cura sin tardanza,  
Antes que mas pujanza destas gentes  
Atraiga nuestras frentes á su yugo.  
Durísimo verdugo, va sin freno  
Usurpando el ajeno territorio,  
Y segun es notorio los haberes,  
Los hijos y mujeres y haciendas.  
Para tomar enmiendas falta brio;  
Cada cual esta frio conociendo  
Que nos van consumiendo poco á poco;  
Paréceme ser loco sufrimiento  
Dejar su desatento sin castigo.  
Por vosotros lo digo, gente fiera,  
Que ya puede cualquiera subyectaros,  
Moveros y mandaros como á brutos,  
Pagándoos tributos y á porfia  
Cumpliendo noche y dia voluntades,  
Ajenas de verdades y modestias:  
Llévanos como bestias donde quieren;  
Vuestros hijuelos mueren sin venganzas;  
En minas y labranzas que les labran  
Azotan, descalabran á los flojos;  
Vosotros como cojos y sin manos  
Sufrís estos cristianos. ¡Ay, catíos!  
¿Qué son de vuestros brios y braveza?  
¿Qué es de la fortaleza que solia  
Domar la serranía peleando?  
¿Quién ha tornado blando vuestro pecho?  
¿Quién turba y ha deshecho los alardes?  
Bajos, viles, cobardes corazones,  
Pues tantas sinrazones como estas  
Llevais á vuestras cuestras con paciencia.  
Mirad la diferencia de las mias,  
Pues que Pedro de Frias sabeis cierto  
Ser por mis manos muerto y otros siete  
Y el lengua y alcahuete Juan Gonzalez,  
Mestizo, que si tales todos fueran,  
Sus vidas nos vendieran á mas precio;  
Mas este como necio confiado,  
Habiéndose librado del rebato,  
Dijo desde á buen rato con voz alta:  
— ¡Ah! perros, el que falta viene á veros,  
Que sin sus compañeros Dios no quiera  
Que huya, y aunque muera, como muero,  
He de vengar primero su mal hado.—  
Y así desesperado se abalanza,  
Que ni bastaba lanza ni macana  
A resistir su vana lozanía:  
Gran estrago hacia con la espada  
En la gente granada, de tal suerte,  
Que vieron de la muerte los espantos  
En un momento tantos cuantos fueron  
Aquellos que murieron de su parte.  
Mas el contrario marte, que no cesa,  
Le dió tan grande priesa por los lados,  
Que fueron traspasados brevemente;  
Y aquel mozo valiente que pudiera  
Irse donde quisiera sin herida,  
Allí perdió la vida por sus muertos,  
Amigos mal espertos. Ved qué ejemplo  
Es este que contemplo con aviso,  
Pues este morir quiso por su villa  
Y vengar la cuadrilla que era poca.  
Aquel á quien le toca mayor daño  
No cumple ser extraño de venganza:  
La vil desconfianza se deseche;  
El tiempo se aproveche, no se pierda;

El arco tenga cuerda mas estrecha;  
La voladora flecha nunca pare;  
La maçana declare su justicia;  
Salgan á la milicia desde luego  
Bien tostados al fuego los astiles;  
Huyan temores viles de los senos,  
Pues veis que no va menos en la obra  
Que gozar sin zozobra de las prendas  
De hijos y haciendas y mujeres.  
Aquestos pareceres no son vanos:  
Por tanto nuestras manos y nobleza  
Muestren su fortaleza y estén prestas  
A redimir molestas vejaciones.»  
Esto dijo Toné, porque desea  
Ver ya toda la tierra levantada  
Y á nuestros españoles ocupados  
En guerras mas cercanas á su pueblo,  
Reconociendo ser impedimento  
Para se quedar el sin el castigo  
Que por aquellas muertes merecia;  
Lo cual aconteció, segun él dijo,  
Entrando sobre paz Pedro de Frias  
A pedir el tributo que debía,  
Por ser indios en él encomendados.  
Mas él y los demás, sobre seguro,  
Por mano del Toné pagaron antes  
Aquel que ley precisa les impuso,  
Y el caso sucedió desta manera:  
Estando juntos estos españoles  
Para comer sentados á la mesa,  
Cayeron de lo alto del buhio,  
Sin parecer de dónde procedian,  
Cinco gotas de sangre, no dudosas,  
Que mancharon los cándidos manteles:  
De que quedaron mustios y turbados  
Y con sudores frios, como cuando  
Quedan aquellos quel color mudado,  
Enhiestos y erizados los cabellos,  
En noche tenebrosa caminando,  
Fantasma se les puso de delante:  
Lo cual por mal pronóstico se tuvo.  
Y así Pedro de Frias al caballo  
Ocurre para se poner encima,  
Los otros á las armas que tenian;  
Mas no fué tan veloz su pensamiento  
Cuanta fué la presteza con que llegan  
Gran multitud de bárbaros armados,  
Y el impetu furioso de manera,  
Que puesto que con daño de los indios  
Todos los españoles fueron muertos,  
Escepto Juan Gonzalez, un mestizo,  
Que se les escapó dentre las manos,  
Y con aliento de veloce ciervo  
Llegó donde pudiera salir salvo;  
Pero teniendo por afrenta grave  
Huir él solo del combate duro  
En que dejaba los de su compañía,  
Volvió como leon encarnizado,  
Y hizo lo quel indio representa  
En el razonamiento referido,  
Donde con sus razones persuade  
A rebelarse contra los cristianos.  
Y así por sus industrias y consejo  
Negaron subyeccion á quien la daban,  
Dando principios á sangrienta guerra:  
Y porque con la villa no podian  
Dieron en las cuadrillas de las minas,  
En hatos y en estancias de sus amos,  
Matando negros, indios y españoles  
Con tal obstinacion, que desde el año  
De quince cientos y sesenta y cinco  
Llegó la duracion al de setenta,  
En cuyos intermedios padecieron  
Grandes trabajos y desasosiegos,  
Que si quiero particularizarlos  
Seria proceder en infinito.  
Pero sabido por quien gobernaba  
A Popayán en esta coyuntura,  
Que don Alvaro de Mendoza era,  
Dentro de cuyos términos caia  
Entonces esta villa que decimos,  
Puso los ojos para dar remedio

En la destreza de Gaspar de Rodas,  
A quien se dieron largas comisiones,  
Ansi para castigo de culpados  
Como para fundar mas poblaciones  
En las provincias dentre los dos rios;  
El cual luego tomó sobre sus hombros  
Este ponderosísimo cuidado,  
Y convocó de partes diferentes  
Soldados de discurso y experiencia  
Y en valor y caudal acreditados,  
De los cuales algunos nombraremos  
Cuando dispusieron abriere puerta.  
Mas antes que pasemos adelante,  
En esta me conviene dar noticia  
Cómo primero que Gaspar de Rodas  
Tentase de hacer esta jornada,  
Anduvo por allí Gomez Fernandez,  
Antiguo capitán y celebrado,  
Conquistando los bárbaros límites  
Fortalecidos en las barbacoas;  
Del cual, cuando tractare de choques,  
Gobierno ya distinto del que tracto,  
Contaremos particularidades  
Indignas de quedarse rezagadas,  
Pues por no confundir á los lectores,  
De cada cual gobernacion diremos  
Aquello que le fuere concerniente,  
Señalando los tiempos, aunque vayan  
En el lugar primero los postreros;  
Pues cada cual gobierno de los dichos  
Ha de llevar particular historia.  
Y agora solamente de negocios  
Que son tocantes á Gaspar de Rodas  
Quiero tractar; y para mayor lumbre  
Será con canto nuevo su principio.

## CANTO TERCERO.

Donde se da razon de la entrada que hizo entre los rios Gaspar de Rodas,  
la gente que le acudió, y orden que tuvo en hacer la guerra.

Uno faltaba ya para setenta  
Años del parto de la Virgen pura  
Con el millar y medio desta cuenta,  
E ya febeo carro se llegaba  
A la quinta señal del zodiaco,  
Cuando Gaspar de Rodas se dispuso  
A dar á su promesa cumplimiento,  
Habiendo convocado sus amigos,  
Ansi del nuevo reino de Granada  
Como de Popayán y otros lugares,  
Que por el crédito que dél tenían  
Y fama del tesoro de la tierra,  
Pusieron en olvido sus reposos,  
Do tenían honrosa pasadía,  
Indios encomendados y haciendas  
Con vencedoras armas adquiridos,  
A costa de las cuales se pertrechan  
De varios instrumentos y ministros  
Etiopes, caballos y las cosas  
Al uso de la guerra necesarias.  
Uno fué destes Francisco de Ospina,  
Célebre capitán de los Remedios,  
Ciudad en este reino cimentada  
Por él, que fué su fundador primero;  
A quien siguieron hombres de substancia,  
Y á su contemplacion por consiguiente  
Otros muchos vecinos de Victoria,  
Como Bartolomeo de Pineda,  
Anton Lobo de Sande, Juan Velasco,  
Gonzalo Verde y Antonio Machado,  
Pero Fernandez de Rivadeneyra,  
Y Diego de Guzmán y Juan de Aldana,  
Que todos llegarían á sesenta  
Varones, á quien hechos memorables  
Dieron renombre digno de valientes.  
De Popayán también salieron treinta,  
En fama señalados y en posible,  
Cursados en beligeros encuentros,  
Como Francisco Lopez de la Rúa,  
Joan Arias Ruvian, Gaspar Delgado,

Y un Alonso Serrano, de Florencio  
Serrano hijo, bárbara su madre,  
Pero de noble genealogía,  
Mancebo suelto, diestro y esforzado.

Estos y aquellos bien aderezados  
De todos los pertrechos convenientes  
A las ejecuciones del intento,  
Con estendida copia de ministros,  
Caballos y abundancia de ganados,  
Llegaron á la villa de Antioquia,  
Donde su general los esperaba:  
Del cual y los demás allí vecinos  
Fueron con gran aplauso recibidos  
Y en amigables ranchos regalados,  
Pero con mas espacio que quisieran  
Aquellos que venían ya dispuestos  
A las beligeras ejecuciones;  
Porque Gaspar de Rodas suspendía  
Con algunas excusas la partida,  
Por algunos respectos necesarios  
A la seguridad de su persona,  
A causa de las chismes y novelas  
Sembradas por algunos susurrones,  
Que sin haber olor adivinaban,  
Sobre mandar, algunos movimientos.

Vista por los del reino la tibieza  
Y ser demasiada la tardanza,  
El capitán Ospina se dispuso  
A preguntar al Rodas por qué causa  
Se dilataba tanto su viaje,

Diciéndole: «Señor, yo soy venido  
En compañía destes caballeros  
Que por respecto mio se han movido.  
»Consumieron gran copia de dineros  
En rehacerse de guerreras prendas  
Para poder mejor obedeceros.

»Han dejado sus casas y haciendas,  
Donde todos vivían con sosiego  
En sus repartimientos y encomiendas.

»Mediante vuestras cartas y mi ruego  
Acudieron á tiempo conveniente  
Y acomodado para partir luego.

»La tardanza que vemos de presente  
Y remision parece que nos muestra  
Que ya teneis intento diferente.

»De ajena voluntad pende la nuestra,  
Y para proseguilla, con respeto  
Suplicoos me digais cuál es la vuestra.

»Pues si acaso teneis otro conceto,  
Por ocasion que con razon se mida,  
Volvemos hemos sin hacer efeto.

»Pero si no se halla quien inipida  
La via que tenemos tan á mano,  
Bien es acelerar esta partida.

»El tiempo nos convida del verano,  
Cuando tienen culturas y florestas  
Abundancia de frutos y de grano.

»Las corrientes serán menos molestas  
De los rápidos rios y quebradas  
Grandes y á cada paso contrapuestas.

»No serán parte gentes alteradas  
Para nos defender trémulas puentes  
Con frágiles bejuocos enlazadas.

»Cria la dilacion inconvenientes,  
Y dellos por perdersé coyuntura  
Andan malos sucesos dependientes.

»Si razon adaptada se procura  
Para poder domar bárbara frente,  
En las manos está la mas segura.

»Y si dejais la que teneis presente,  
No se podrá sin mil dificultades  
Juntar después tan escogida gente.

»A nuestras dudas y perplejidades  
Daré resolución vuestra prudencia,  
Porque con ella nuestras voluntades  
Hagan sin disonancia correspondencia.

»Dijo, y el capitán Gaspar de Rodas  
Oyó con atención esta demanda;  
Y con aquel reporte quel prudente  
Suele tener en casos semejantes  
Para templar los pechos alterados,  
Usando de cortés comedimiento

A los del reino dijo lo siguiente:

«Amigos y señores, conocida  
Tengo la gran merced que se me hace  
Dispuesta para ser agradecida.

»La partida pedis, y á mi me place,  
Supuesto no tener inconveniente  
Que desta voluntad me desenlace.

»El gasto que hecistes es patente  
En cosas de que todos salis llenos  
Al encuentro de guerra tan urgente.

»E yo no convocara tantos buenos  
Asegurados de mi confianza,  
Si viniéran á poco mas ó menos.

»Negocio es que no sufre mudanza  
Este que tan de veras yo prevengo;  
Y el preparallo bien no fué tardanza.

»Pues por razon de ser discurso luengo  
Me faltaban algunas municiones,  
Y las que deseaba ya las tengo.

»Manifestastes vuestras intenciones  
A tiempo y á sazón que me movia  
A publicar mis determinaciones.

»Salis á ellas como yo queria.  
Aderezarnos solamente resta  
Para salir de hoy en tercer dia  
Que se celebra señalada fiesta.

Después que satisfizo brevemente  
El general á sus comillitones  
Por términos urbanos y sucintos,  
Y ellos á su decir correspondieron  
Con largo cumplimiento de razones  
Usadas entre gente comediada,  
Alegres, satisfechos y contentos  
Todos á sus hospicios se volvieron,  
Donde con fervorosa diligencia  
Alistan los pertrechos necesarios  
A las usadas peregrinaciones  
Y á las seguridades de sus vidas:  
Este refina salitroso polvo,  
Aquel derrite plomo para balas;  
Otros con rasadores mundifican  
Cañones de fumosos arcabuces;  
Otros afilan hierros de las lanzas;  
Otros requieren las jinetas sillas,  
Con las demás guerreras prevenciones  
Que piden ejercicios militares  
Y la necesidad les aconseja,  
Segun los de mecánicos oficios  
Cuando labran diversos materiales  
A un tan solo fin encaminados  
Para la perfeccion del edificio  
Cuya hechura toman entre manos.

»Esta manera todos ocupados  
En cosas al viaje convenientes,  
Llegaron á ponellas en el punto  
Que los efectos dellas demandaban.  
Para los cuales el Gaspar de Rodas  
Hizo de capitanes nombramiento,  
Con otros necesarios oficiales:  
Al Ospina nombró por su colega  
Teniente general del campo todo;  
Velasco, capitán de infantería;  
Pineda de la gente de caballo;  
El general alférez fué Molano;  
Juan Arias Ruvian su consejero,  
Hombre de gran discurso y experiencia;  
Y á los que con oficios no podia,  
Con preciadas preseas tornó gratos,  
En tal manera que cualquiera dellos  
A su moderacion quedó rendido.

Llegado pues el año de setenta,  
A los seis dias del bifronte Jano,  
Cuando la santa Madre celebraba  
La solemne venida de los reyes,  
Al soberano Rey con oblaçiones,  
En aquellas regiones tiempo seco  
Y para caminar acomodado,  
Habiendo celebrado los oficios  
Fray Pedro de Guzmán, dominicano,  
Andaluz caballero, que con ellos  
También iba con otros religiosos,  
Salieron con ardoz á la demanda,

Prontos y atentos y las armas prestas,  
Segun militar uso repartidos  
Por obviar á los inconvenientes  
Que podría parir algun descuido;  
Porque los bárbaros no pierden punto  
En aceptar dispuestas ocasiones  
Cuando se las ofrece la ventura.

»Esta manera fueron caminando  
Por alturas que son inevitables,  
Asperas y fragosas serranias;  
Y diez y siete dias consumidos  
En aquellos caminos salebrosos,  
Entraron sin hallar opuestas armas  
En Tociná, provincia de Ibijico,  
Indios cuyas astucias y cautelas  
Vencen á las de Ulises y Sisifo,  
Encomendados en un Juan Taborda,  
Vecino de la referida villa:

Los cuales acudieron dando muestras  
De paz, á la cual fueron admitidos,  
Por ser las principales intenciones  
De reducirlos al real servicio  
Sin efusion de sangre ni venganza  
De muertes ni de daños recibidos.

Allí se detuvieron en el campo  
Algunos dias, y hicieron lista  
Del número de gente que venía:  
Hallaron ser los españoles ciento,  
Hasta seis menos, pero todos ellos  
De todas buenas armas pertrechados;  
Los caballos pasaban de trescientos;  
Setecientos los indios de servicio,  
Y algunos etiopes, aunque pocos,  
Pero para cualquier trance dudoso  
Arronjadizos y determinados:  
De vacas se llevaban cuatrocientas,  
Quinientos puercos, antes mas que menos,  
Y otros rebaños de menor ganado  
Para sustento del cristiano campo;  
Y con propósitos determinados  
De no volver atrás sus estandartes  
Hasta poner cristianos fundamentos  
En medio deste rudo barbarismo,  
Y subyectar durisimas cervices  
Al prepotente rey de las Españas.

Allí pues estuvieron descansando  
Del sudor y trabajo padecido;  
Y entre tanto salia gente suelta  
Por unas y otras partes descubriendo  
Algunas poblaciones comarcanas,  
Por ver la voluntad de los vecinos  
Que para santa paz eran llamados,  
Importunándoles con gran instancia  
Evitasen los daños venideros  
Y los dudosos fines de las guerras,  
Que no siempre responden tan á gusto  
Cuanto prometen los principios dellas:  
Lo cual, habiendo tierra de por medio,  
Cuando coloquio se les ofrecia  
Intérprete católico declara  
En idioma proprio de catios.  
Mas la caterva fiera y arrogante,  
Fiando de sus fuerzas, les responde  
Que sobre el caso se terná consulta,  
Y enviarán al campo castellano  
Clara resolución de sus acuerdos,  
Que no podrá pasar del cuarto dia.

A questo se cumplió segun dijeron,  
Mas no con la pacifica respuesta  
Que nuestros españoles esperaban,  
Antes contraria de su buen deseo;  
La cual por ser principio desta guerra  
Sanguinolenta, queda reservada  
Al canto que se sigue después deste.

## CANTO CUARTO.

Donde se cuenta cómo los indios de la provincia de Pequí enviaron su embajada al campo de los españoles, y lo que en ella se contenía.

Cualquier hombre, por rústico que sea,  
Ama su libertad y da de mano  
Con toda la posible resistencia  
Al yugo y observancia de las leyes  
Que le hacen estar al cumplimiento  
De nuevos vasallajes y tributos;  
Y tanta mas es esta repugnancia,  
Cuanto mas suele ser envejecido  
El uso y exención en que se cria.  
Y así, como los bárbaros supiesen  
Las españolas mañas, anhelantes  
A que reconociesen vasallaje  
Al amo que les fuese señalado,  
Y ellos nunca tuviesen de costumbre  
De dar á los extraños obediencia,  
Antes como soberbios y arrogantes,  
Criados en tan próspero terreno  
Que siempre buellan por doradas venas,  
Con que los ánimos se ensoberbecen,  
Presumían que todos se la deben  
Y que sería de varones viles  
Venir á menos del altivo punto  
En que su presunción los tiene puestos;  
Debajo de lo cual indios de Pequí,  
Gente feroz y nunca domeñada,  
Por el inducimiento de Sinago,  
A quien esta provincia respectaba,  
Se hizo junta de los principales  
Para deliberar en su consulta  
De las cosas tocantes á la guerra  
Que por los españoles se movía.  
Vinieron del Sinago dos sobrinos,  
Yutengo y Aramé, mancebos fuertes  
Y por heroicos hechos señalados;  
Vino Chacuri, vino Nuguireta,  
Guaracho, Ereta, Panque, Agrebara,  
Insignes en las armas y en consejo;  
Los cuales en consulta conferida  
Determinaron resolutamente  
De conservar su libertad antigua  
Y no se subyectar al duro yugo  
Que padecían otros sus vecinos:  
Deste parecer fueron todos ellos,  
Mayormente Sinago, que les dijo:  
«Varones fuertes y en virtud constantes,  
A cosas importantes nos juntamos,  
Porque si bien notamos dura plaga,  
No solo nos amaga, mas ya llega;  
Y aunque con paz nos ruega, sin ofensa,  
Debajo della piensa dar de mala.  
Al principio regala mano blanda:  
Importuna demanda viene luego,  
Fomento de gran fuego, porque priva  
De libertad nativa y otros frutos,  
Imponiendo tributos y servicios  
De viles ejercicios, do parecen  
Cuanto hoy obedecen sus mandados  
Y mal considerados pareceres;  
Pues hijos y mujeres no reserva  
Esta cruel caterva de ladrones,  
Cuyas ocupaciones principales  
Son robar los caudales del terreno  
Y del sudor ajeno sustentarse,  
Servirse y regalarse sin templanzas;  
En minas y labranzas los ocupan:  
Al fin todo lo chupan y consumen.  
Y así los que presumen de valientes  
Deben mostrar los dientes y las manos:  
Libremos de tiranos nuestra tierra;  
Hartémoslos de guerra, pues la quieren,  
Que también dellos mueren los mas buenos,  
Y acá no somos menos en pelea;  
El orden desto sea sin que luenga  
Tardanza nos detenga ni retarde;  
El valeroso guarde sus regiones,

Y destas intenciones que tenemos  
Luego les inviemos razon clara:  
Digales en la cara aquel que fuere  
Que cualquier que venciere sirva al otro,  
Pues caballo ni potro ni escopeta  
No vence ni subyecta los catios,  
Ni castellanos brios serán parte  
Para que de su marte caigan punto.»

Esto dijo Sinago, cuyo voto  
De todos los caciques de la junta  
Fué sin contradicciones aprobado;  
Y como confiados de sus fuerzas,  
Acordaron que fuese mensajero  
A les notificar á los cristianos  
Sus determinaciones y deseo  
De vellos y probar su valentía.

Deste mensaje prometió Yutengo  
Ser cierto portador dia siguiente;  
Y así, por no faltar de su promesa,  
Llegó delante de los españoles  
No mostrando pacifico semblante,  
Antes agudos dardos en la mano,  
Penachos variados ondeando,  
Y diadema de oro, como suelen  
Salir á sus guerreras competencias,  
Y así brioso, fiero y arrogante  
En su materna lengua les pregunta  
Quién es el capitán que los gobierna:  
Señálanselo luego, y él se pone  
Delante con gallarda lozania,  
Diciéndole palabras semejantes:

«Capitan español, yo soy Yutengo,  
No menos en valor que en bienes rico:  
A denunciar la guerra cruel vengo  
De Pequí, porque salgas de Ibijico;  
Si pides la razon, otra no tengo  
Fuera de aquesta que te notifico,  
Que es guerra capital á sangre y fuego,  
Y la paz para siempre te la niego.

» El gran Sinago con sus dos sobrinos  
Te suplican que vayas brevemente,  
Porque ellos harán anchos los caminos  
Por do metas ganados y tu gente;  
Lo mismo piden todos los vecinos  
Que ya desean de te ver la frente;  
Pero para llegar buenos y sanos  
Llevad prestas las armas y las manos.»

Oyó Gaspar de Rodas el mensaje,  
Y dijole: «Yutengo, yo no creo  
Que tanto se desee mi viaje;  
Mas pues lo dices tú que eres correo,  
Diles que hago pleito y homenaje  
De cumplilles muy presto su deseo,  
Pero que tomen mas modestos modos  
Porque la paz es buena para todos.

» Por fama te conozco ya, Yutengo,  
Y tú también sabrás que yo soy bueno;  
Por largos dias y por tiempo luengo  
Me vereis trastornar vuestro terreno;  
Por guerras ó amistades yo no tengo  
De volverme las manos en el seno:  
A la partida ves mi gente presta,  
Y aquesto puedes dalles por respuesta.»

Partióse luego, y el Gaspar de Rodas  
Con algunos soldados se reía  
Del brio y arrogancia del salvaje;  
Pero luego mandó que se prevengan  
Para mudarse dentro de tres dias,  
Así por no faltar de lo que dijo  
Como porque los indios de Ibijico,  
Atociná, Cucuba y Bererúa,  
Y Rucabé, caciques principales,  
Tenían por molesta la tardanza  
De huéspedes tan llenos de bullicio:  
Y así les daban priesa, prometiendo  
De les guardar la paz y las espaldas.

Llegóse pues el dia señalado,  
Y el campo fué marchando acia Pequí  
Con todos los avisos necesarios  
En los ásperos pasos y quebradas  
Do podían hacelles algun daño;  
Mas no les sucedió por el camino

Dudoso cosa que de contar sea,  
Hasta que descubrieron lo poblado,  
Y asentaron real en un altura,  
Cuya comodidad los convidaba  
A reparar allí por algun tiempo,  
La duracion del cual diremos;  
Porque por ser principio desta guerra  
Conviene que hagamos nuevo canto.

## CANTO QUINTO.

Donde se da razon de lo que sucedió después que los españoles entraron en la provincia de Pequí.

Uno de los avisos importantes  
Que se pueden tener entre guerreros,  
Es saber escoger alojamiento  
En sitio fuerte, cuyas adyacencias  
Puedan señorearse con la vista,  
Y tenga leña y agua tan á mano  
Que sin que corran riesgo los sirvientes  
Usen inescusables ministerios.

Tal lo supo tomar Gaspar de Rodas,  
Como varon sagaz, y en este caso  
Ninguno mas mañoso ni solerte,  
El cual, llegando ya cerca de Pequí,  
Y á vista de los bárbaros vecinos,  
Se refirmó, segun militar uso,  
En sitio que llamó la Lagunilla,  
En parte rasa y alta, proveida  
De las comodidades referidas,  
Y cuyas descendencias á lo llano  
Eran en gran manera salebrosas.  
Y este sitio tomó con pensamiento  
De no dejallo por algunos dias,  
Porque los bárbaros con la tardanza  
Perdiesen algo de su lozania;  
Los cuales, como viesén en su tierra  
La gente forastera que esperaban,  
Creyendo no hacer allí parada,  
Sino que prosiguieran su camino,  
Pusieron en concierto sus escuadras,  
Y ocuparon los pasos, desde donde  
Pudieran ser los nuestros ofendidos,  
Con sonora grita y algazara  
Y estruendo de atambores y cornetas;  
Todo lo cual cesó reconociendo  
Asentar tiendas en aquella altura,  
Y como no hicieron mudamiento  
Aquella noche ni siguiente dia,  
Considerando ser estratagema  
Y haber disposición para celadas  
De parte de la gente peregrina,  
A causa de los altos pajonales  
Que rodeaban este circuito,  
Levantados, espesos, y de suerte  
Que podían tener hombres ocultos,  
Determinaron de ponelles fuego.  
El cual voló con impetu terrible  
De vientos furiosos ayudado,  
Por hallar la materia bien dispuesta  
A causa de la seca del verano.

Y así toda la tierra comarcana  
Quedó sin ocasion y descubierta,  
Escepto lo que con su diligencia  
De manos y de ramos gparecieron  
Los del alojamiento para pasto  
De bestias y ganados que traían,  
Que por algunos dias padescieron  
Mucha necesidad, por abrasarse  
Las partes do solían mantenerse.

Pasada la refriega del incendio,  
Al tiempo que la noche demediaba,  
Y el nublito tepobroso predomina,  
El capitán Pineda con cuarenta  
Soldados valerosos salió fuera  
Para hacer alguna buena suerte  
En indios que hallase mas a mano;  
Y en esta misma noche los caciques,  
Sin saber sus intentos, enviaron

Doscientos validísimos gandules  
A que secretamente se metiesen  
En aquel pajonal que reservado  
Fué por solicitud de los cristianos,  
Y en él permaneciesen hasta tanto  
Que Febo desterrase los humores,  
Y cuando con sus carros fervorosos  
Oviese demediado la carrera,  
Y el cálido refracto de los rayos  
Tuviese ya la paja como yesca,  
Pusiesen fuego por dos ó tres partes,  
Porque los españoles acudiesen  
Sin orden ni recatos al remedio,  
Segun y como lo hicieron antes,  
Y al tiempo que los viesén ocupados  
En mitigar las llamas violentas,  
Les acometan con tan grande furia  
Que los compelan á precipitarse  
Por la derecha y áspera ladera:  
Donde huyendo del mortal conflicto  
Diesen en muerte vil y desastrada,  
Pues hallarian gentes cuyas manos  
Abriesen las católicas entrañas.

Salido pues el capitán Pineda  
Con orden de volver el mismo dia,  
Los bárbaros por parte diferente  
Subieron á la parte señalada,  
Donde sin ser sentidos estuvieron  
Ocultos y encubiertos; y á la hora  
Que para poner fuego convidaba,  
De palos apropiados á tal uso  
Y presto movimiento de las manos  
Socaron fuego, con que brevemente  
Se levantaron llamas presurosas,  
Segun la fuerza del pasado dia,  
Y que causaron por su cercanía  
Mayor alteracion y sobresalto;  
Y así los españoles y el servicio,  
Incautos del ardid de los contrarios,  
Acudían á mitigar el fuego  
Todos con ramos verdes en las manos.  
Pero Gaspar de Rodas, como diestro,  
El astucia sintió puntualmente,  
Y mandó que ninguno se divierta  
Sino que se recojan á bandera,  
Hasta ver por adónde respondían  
Los indios, pues debían de ser muchos  
Aquellos que tentaron aquel hecho.  
Y así puestos á punto de pelea,  
Cargados de mosquetes y arcabuces,  
Esperaron el acometimiento  
Del bárbaro furor, que como viese  
Estar en escuadron los españoles,  
Y no tentar de mitigar las llamas,  
Suena terrible grita y alarido,  
Y sale con el impetu que suele  
Amenazando para rompimiento,  
El cual con el impulso de las balas  
Fué reprimido con algunos menos,  
Volando de su parte los tostados  
Jáculos que venían bien espesos,  
Sin llegar á medir palo con hierro,  
Ni se les dió lugar á que durase  
Espaciosa distancia la refriega;  
Porque Pineda que se halló cerca  
Oyó luego la grita y alboroto,  
El fuego y estampida de los tiros,  
Y como can de ésta generosa  
Que siente, rodeando la manada,  
Ser salteada de rapace fiera,  
Y acude do berrea la juvenca  
De violentos dientes oprimida  
Para le dar socorro con los suyos:  
Así por las señales reconoce  
El conflicto cruel y la presura,  
Y á pasos presurosos dió la vuelta,  
De fluidos sudores empapado,  
Hasta llegar adonde pretendía,  
Que fué muy á su gusto, porque dieron  
En las espaldas de los indios fieros.  
Los cuales desta suerte salteados  
Y defraudados de sus pensamientos,